

á la Sajonia y la Baviera para determinarlas á abstenerse de tomar parte en la lucha. La Francia, antes de cooperar á la aniquilacion completa del rey de Prusia, preferiria declararle franca y abiertamente la guerra, ni jamás consentirá en que otros lo hagan, á no ser que el Austria diera su adhesion al despojo completo del rey de Inglaterra.

Con esta última declaracion habia renunciado Bernis á la política secular de su país, y habia indicado al gabinete de Viena el punto flaco por donde podia alcanzar lo que tanto deseaba. Por su parte María Teresa habia rechazado con sincera indignacion la primera insinuacion de la corte de Francia de una invasion francesa en el electorado de Hanover. «Difícilmente se comprende, escribió esta soberana con fecha 27 de enero de 1756 á su embajador en Paris, cómo no se ruborizan al proponernos á mi querido esposo, S. M. el emperador, cabeza del imperio, y á mí, primer miembro del mismo imperio, que permitamos la entrada del ejército francés en territorio alemán, para atacar los territorios hanoverianos, que no están de ningun modo directamente comprometidos en las contiendas presentes!»

Este lenguaje tan noble y patriótico se explica sabiendo que entonces el Austria no tenia todavía ninguna esperanza de lograr la cooperacion de la Francia para sus planes contra la Prusia. Pero fué prometida esta cooperacion, é inmediatamente desaparecieron como por encanto toda la indignacion y todos los escrúpulos acerca de un paso calificado antes de «tan imprudente é injusto.» El 6 de marzo pudo escribir ya Kaunitz al conde de Starhemberg: «Entendido; como proceda la Francia contra la Prusia, así procederá el Austria contra Inglaterra y Hanover, ni se opondrá á un ataque contra este último país (1).» Con el cambio de estas declaraciones habian renunciado ambas potencias á la paz continental. La corte de Francia consintió en que Rusia y Austria se arrojaran sobre la Prusia, y el Austria dió por su parte su asentimiento á un ataque francés al Hanover; de suerte que con otro paso mas se llegaba á la promesa de auxilio mutuo en el caso de verse atacada una de las dos potencias por otra tercera. A que este paso se diera dirigió el Austria en adelante todos sus esfuerzos y habilidad, porque una vez dado, quedaba abierto el campo á otra serie de compromisos mucho mas trascendentales.

Examinemos ahora si la Francia tenia motivos suficientes, y además apremiantes, para dar este paso aun en el caso de que considerara ya ineludible una guerra continental.

Si algo se desprende con evidencia palpable é incontrovertible de las largas negociaciones del conde de Starhemberg, es indudablemente que el gabinete de Viena no tenia mas que una sola idea, un solo objeto, un solo pensamiento, que le perseguia noche y dia, á saber: la guerra con Prusia para recuperar en el peor caso la Silesia, y en caso favorable para destruir toda la monarquía prusiana. Admitamos ahora por un momento que la corte de Francia hubiera tenido bastante motivo, con la ocultacion del tratado de Westminster de parte de Federico, para olvidar que le convenia una Prusia fuerte como contrapeso indispensable á la casa de Habsburgo; admitamos tambien, aunque está reñido evidentemente con la sana razon, que apoderándose de todo el electorado de Hanover, la Francia hubiese podido infligir á Inglaterra, reina de los mares, una herida sensible: siempre habria podido alcanzar del Austria, sin tratado de alianza, todo cuanto hubiese apetecido. El Hanover solo podia contar con un defensor, que era el rey de Prusia; pero este habria tenido los austriacos en Silesia y los rusos en la Pr-

(1) Véase para todo esto la obra de Arnetz, que es muy parcial en favor del Austria.

sia Oriental, antes de que los franceses hubiesen llegado al Hanover, aunque no existiera tratado de alianza alguno entre Viena y Versalles. Bastaba para este caso la simple inteligencia que segun sabemos existia ya entre ambas cortes. Es simplemente infantil la opinion de Bernis de que solo un tratado de alianza con el Austria era capaz de impedir que esta potencia volviera á estrechar sus relaciones con Inglaterra. Semejante amenaza de parte del Austria era ya completamente vana antes de celebrar la Prusia y la Inglaterra su tratado de Westminster, y despues era simplemente ridícula, porque una aproximacion del Austria á Inglaterra implicaba una aproximacion á la Prusia y esta significaba la separacion de la Rusia, la renuncia á la Silesia y á la guerra de desquite. Desde el momento en que se desconoció en Versalles esta evidencia, perdió esta corte todo criterio político. Con un gobierno semejante que en tales circunstancias seguia creyendo que á costa de cualquier sacrificio se debia impedir una nueva alianza entre el Austria y la Inglaterra, podia hacer el conde de Kaunitz lo que quisiera, y si á pesar de esto solo recogió el Austria reverses y escarnio, no pudo quejarse de la corte de Versalles sino únicamente de su propia obcecacion.

¡Cuán distante estaba ya Bernis de la posición prudente y segura en que con tanto acierto se habia colocado al principio y que habia sabido conservar algun tiempo en bien de su país! Sin estar iniciado en los misterios de la diplomacia austriaca reciente, habia penetrado muy bien las intenciones de la corte de Viena, cosa por lo demás nada difícil; y solo para conocer estas intenciones con completa seguridad habia aconsejado á su soberano que oyera al embajador austriaco. Lo que supo de estas conferencias confirmó sus temores mas graves, y lo que propuso, estaba bien calculado y era propio para alejar la guerra continental, y en todo caso para no complicar á la Francia en ella si á pesar de todo ocurría. Pues bien, este mismo resultado habria producido el tratado de Westminster. Ninguna persona de sano criterio podia haber visto en él un acto de hostilidad á la Francia, ni tampoco lo consideró así Bernis, porque lo único que encontró vituperable fué una falta de formalidad, la de haberse hecho el tratado sin dar conocimiento al gabinete francés. Tendremos ocasion de discutir sobre esta falta cuando hablemos de la mision del duque de Nivernois, pero por lo pronto la admitiremos. En este caso tocaba á la Francia quejarse de ella, y llevando las cosas al extremo podia haberse desquitado con otra grosería análoga, sin que por esto hubiese dejado de ser menos imperioso y menos sagrado el interés que tenia la Francia en la conservacion de la paz continental y de una Prusia fuerte. Pero cerrar los ojos á la evidencia, solo por el agravio hecho con una falta de formalidad, desconociendo que este mismo tratado de Westminster mejoraba sensiblemente la posición de la Francia, porque obligaba al Austria á renunciar á sus planes de guerra ó á arrimarse completamente al gobierno francés, fué un gran yerro político; y entrar por motivo tan baladí é insustancial en una conspiracion agresiva contra un antiguo aliado, con el cual por cierto no se habia hecho alianza desde tantos años solo por sus gracias personales, fué el principio de una política suicida. El abate Bernis no dejó de conocer esto, porque confiesa á pesar de su indignacion por el «mal comportamiento» del rey de Prusia, que para él habria bastado aun entonces un simple convenio de neutralidad ó un simple tratado defensivo; pero los votos de los ministros, dice, prevalecieron y luego el «amor paterno» del rey, que á todo trance quiso colocar en el trono de Bélgica á su hija y yerno, hizo inclinar la balanza. Él por su parte aceptó contra su voluntad el encargo de declarar al conde de Starhemberg que el rey estaba dispuesto á entrar

en tratos sobre la base del primer plan rechazado en setiembre último. Esta comunicacion tuvo por primera consecuencia la ya mencionada inteligencia sobre el consentimiento recíproco de acometer el Hanover y la Prusia. Habiendo logrado ya el gabinete de Viena dar este *paso de gigante*, como dice Bernis en sus Memorias, faltó el terreno al de Versalles para esquivar nuevas y mayores exigencias, tanto mas cuanto que los ministros que ya estaban entonces en el secreto, procuraban á porfía mostrarse complacientes con los deseos personales del rey. El conde de Argenson que fué el que mas resistió, declaró en el consejo del 19 de abril de 1756 que estaba enteramente conforme en realizar la alianza mas extrema posible con el Austria, y que la expectativa de una guerra general no era para él, lo mismo que para el marqués de Puysieux, mas que un aviso para no contentarse con una simple alianza defensiva sino para hacer sin dilacion otra mucho mas vasta entre ambas potencias. Así pues consideraron efectivamente una y otra como un simple preludio á un tratado definitivo que las dos firmaron en 1.º de mayo de 1756 en Jouy, residencia del ministro Rouillé, este mismo, Starhemberg y Bernis, bien que los dos documentos estén fechados no en Jouy, sino en Versalles, residencia entonces de los reyes de Francia, por cuya razon se conocen estos tratados tambien por este último nombre. En el primero prometia el Austria permanecer rigurosamente neutral en la guerra marítima entre Francia é Inglaterra, y la Francia no atacar con ningun pretexto ni la Bélgica ni otro territorio alguno de la emperatriz y reina María Teresa. El segundo tratado era de amistad y de defensa recíproca, cuya condicion principal era la obligacion que cada una de las dos potencias se imponia en caso de ser atacada la otra, de acudir á su auxilio con 24,000 hombres.

Mas importante todavía que estos dos tratados era otro documento que Bernis entregó al conde de Starhemberg de parte del rey, el mismo día de la firma de aquellos. En este tercer documento pedia el rey Luis que se entendieran las dos potencias inmediatamente sobre los preliminares de otro tratado secreto prometiendo acceder á los vastos planes que el Austria habia presentado en setiembre, tan pronto como tuviera datos mas precisos respecto del máximo de auxilio en dinero y tropas que le tocara aprontar y de las ventajas que se le ofrecieran en cambio. Este escrito del rey tenia una importancia decisiva; porque cortaba radicalmente la retirada al gobierno francés, que con él renunciaba en principio, aunque no directamente, al uso de su libre voluntad entrando en tratos con la emperatriz sobre los planes belicosos ofensivos de esta, haciendo depender la cooperacion de la Francia solo de la mayor ó menor extension del auxilio y de la recompensa. Con el ofrecimiento de sus servicios quedaba embarcada la Francia en la política austriaca, y sin faltar descaradamente á la buena fe no podia ya retroceder al principio de neutralidad. Si no existiera este documento podria pretender Bernis siquiera una apariencia de derecho para asegurar que «su soberano jamás se hubiera decidido á la guerra contra el rey de Prusia si este no hubiese violado la paz de Aquisgran.» Las proposiciones de la emperatriz del mes de setiembre que ofrece admitir Luis XV nada dicen de violacion de la paz por parte del rey de Prusia, y solo expresan clara y francamente el propósito de caer á traicion sobre él; lo cual se habia comprendido perfectamente así en Versalles, pues que en aquella corte se habia rechazado la proposicion austriaca cabalmente por esta razon. Si despues el rey Luis quiso entrar en negociaciones sobre la base de esta misma proposicion, sin que el rey de Prusia hubiera hecho la mas ligera demostracion hostil, fué por impulso y gusto personal suyos y de su go-

bierno. Despues saludaron naturalmente con gran alegría la ofensiva de Federico II porque les dió el deseado pretexto á los ojos del público; pero el citado documento es la prueba mas contundente de que la Francia habia procedido como procedió aunque Federico no hubiese sido el primero en romper las hostilidades. Supongamos por ejemplo que la emperatriz Isabel de Rusia hubiese invadido con sus tropas la Prusia Oriental en el otoño de 1756, como fué su deseo; entonces habria tenido que atacar tambien el Austria, y en este caso ¿con qué derecho habria negado el rey de Francia su auxilio si el Austria se lo hubiese pedido, ya que le habia brindado con él libérrimamente en su escrito del 1.º de mayo en el cual se reconoce tácitamente la legalidad de los planes agresivos de María Teresa? En este escrito, que segun Bernis fué redactado por él mismo, pretende el abate que habia una cláusula muy precisa, en la cual declaraba el rey Luis XV que no podia comprometerse á ninguna agresion contra el rey de Prusia, no obstante su infidelidad y culpabilidad, mientras estuviera vigente el tratado de alianza hecho con él y que caducaba en julio de aquel año, y aun entonces solo en el caso de que Federico II faltara primero á la paz de Aquisgran, con lo cual desligaria al rey de Francia de su compromiso de garantizarle la posesion de Silesia.

Esta misma reserva se encuentra tambien en una carta del rey, que fué entregada al representante austriaco en 29 de junio, pero esta carta ó no tenia significacion ninguna ó estaba dirigida solamente á hacer presion sobre el Austria, pues que empieza por tomar por base de la negociacion las proposiciones del mes de setiembre. Además en los documentos austriacos á que contesta la carta en términos muy atentos se prescinde completamente de esta reserva. Si en la continuacion de las negociaciones sobre el citado convenio secreto, al abate Bernis se negó con firmeza á todo ataque declarado y público á la Prusia mientras esta no faltara á la paz, fué únicamente con el objeto de arrancar mas concesiones á la corte de Viena y de vender lo mas caro posible el auxilio de la Francia, sin que influyera para nada en este regateo la menor consideracion de lo que haria ó dejaria de hacer la Prusia, pues que en Versalles nadie dudaba de que Federico procedería exactamente como procedió. Cualquiera que fuese el primero que rompiera las hostilidades, ya las principiases los prusianos ya los rusos, lo cierto era que la Francia no podia ya excusarse de tomar parte en la guerra al lado de los adversarios de la Prusia, toda vez que habia admitido como base de la negociacion las proposiciones austriacas del mes de setiembre. Ni siquiera á estas proposiciones podia limitar su accion, conforme se puede inferir de una comunicacion que presentó el abate Bernis al embajador Starhemberg. En esta comunicacion se descubre el motivo verdadero de su resistencia á cooperar directamente al desmembramiento de la monarquía prusiana, por cuya razon el embajador austriaco se negó á admitirla, pues decia que si la emperatriz se empeñaba en su pretension de contar con el auxilio francés, aun en el caso de que no la atacara el rey de Prusia, no se negaria el rey de Francia á prestarlo; pero en tal caso tendria que exigir condiciones mucho mas importantes que las presentadas hasta entonces.

Ya veremos mas adelante cómo se realizó al fin el verdadero tratado de guerra, y cuál de los dos aliados hizo el mejor negocio. Por lo pronto bastará lo dicho para demostrar que Luis XV entró en la coalicion contra la Prusia, y que estaba moralmente comprometido é interiormente decidido á tomar parte en una guerra que tenia por objeto el reparto de la monarquía prusiana, todo antes de que Federico se

decidiera á ser el primero en atacar, esperando disipar así la tormenta que le amenazaba.

V.—FEDERICO EL GRANDE Y EL CONDE DE BRUHL.

En la sesión pública que la Real Academia de Berlín celebró en 24 de enero de 1787, seis meses después de la muerte de Federico el Grande, el conde de Hertzberg que había sido ministro suyo, leyó un discurso sobre las causas de la guerra de siete años con la pretensión de revelar grandes secretos políticos, discurso que con gran daño del rey ha sido considerado como tal revelación de secretos hasta nuestros días. Para formar juicio del mérito de este escrito bajo este punto de vista basta citar aquí el que merecieron al autor como comprobantes de la conspiración de las cortes de San Petersburgo y Viena contra la Prusia, los despachos originales de los ministros de Austria y Sajonia cogidos por el rey Federico cuando su ocupación de Dresde. Dice: «Fundándome en estos despachos originales escribí y publiqué la famosa *Memoria razonada* (1), en la cual se probaba la existencia de los planes de guerra contra la Prusia y los propósitos de su repartición eventual. Queda probado que estos planes existieron; pero como solo eran eventuales para el caso de que el rey diese motivo á la guerra, quedará siempre dudoso si estos planes habrían llegado alguna vez á realizarse y si hubiese sido mas peligroso aguardar el ataque que ganarles por la mano. Sea de esto lo que quiera, la curiosidad del rey y la circunstancia de encontrar un traidor en la persona de un escribiente del gobierno sajón, son la causa indudable de aquella guerra horrible de siete años que ha hecho inmortal á Federico II y á la nación prusiana, pero que llevó á esta monarquía al borde de su ruina» (2).

Entre las personas que rodeaban al gran rey ninguna podía estar mas convencida de la imposibilidad de evitar esta guerra, que la encargada de hacer públicos con los documentos comprobantes á la vista, los motivos de justicia en que basaba el rey su conducta. No fué sin embargo así; según vemos por lo que dijo esta misma persona, treinta años después de aquellos sucesos estaba muy lejos de tener tal convicción. Verdad es que no expresa tampoco la contraria, pero la duda que manifiesta viene á decirlo, y esto para el caso es lo mismo.

Si para el propio ministro del rey de Prusia fué la causa indudable de la guerra el descubrimiento que hizo la curiosidad del rey, y si aquel hombre de Estado no se atreve á afirmar, si los planes evidentemente hostiles, bien que solo eventuales, de sus vecinos se hubiesen realizado aun sin esta causa del descubrimiento de su conspiración, claro está que para toda otra persona independiente y que ninguna consideración tuviera que guardar á la causa prusiana, el rey Federico no tuvo motivo suficiente, ni mucho menos imperioso para comenzar las hostilidades, y que de consiguiente debe considerarse como autor culpable de la guerra. Esta conclusión es, sin embargo, completamente falsa, conforme nuestros lectores mejor informados ahora saben. El rey Federico y su ministro ignoraban muchas cosas que hoy influyen muy poderosamente en nuestro juicio, ni supieron jamás cuánto se había comprometido ya con la corte de Viena el gabinete de Versalles antes de que el rey de Prusia verificara su invasión en Sajonia. Lo que sabían y esto en virtud de documentos irrecusables, bastó perfectamente para justi-

(1) Que el rey de Prusia remitió á todas las cortes para justificar su conducta. (N. del T.)

(2) Se encuentra este discurso en los *Nouveaux mémoires de l'académie royale des sciences et belles lettres*. Berlín 1787, páginas 333 y 334, y en las *Huit dissertations du Comte de Hertzberg*, Berlín 1787.

ficar las consecuencias que sacó el rey respecto del inminente ataque alevoso que meditaban sus vecinos, y para desvanecer las dudas que Hertzberg tuvo después por conveniente manifestar. Jamás estuvo Federico II tan distante de atentar á la paz por impremeditación que en el momento en que pareció hacerlo; porque así como eran vastas y trascendentales las reformas en que le vemos ocupado en este período, del mismo modo y en igual medida eran pacíficas las intenciones con que observaba los sucesos políticos. «Mi sistema actual, escribió en su testamento político en el año 1752, es la conservación de la paz mientras sea posible sin menoscabo de los derechos sagrados de mi reino. No nos toca volver á encender la guerra, porque un golpe de mano feliz como la conquista de Silesia se parece á uno de esos libros originales que tienen éxito, pero cuyas imitaciones son desdichadas. Desde entonces nos hemos atraído los celos de Europa; nuestros vecinos nos observan, y ninguno de ellos se fia de nosotros.»

Una prueba de la sinceridad de estas intenciones puede darnos el aumento constante de la riqueza, de la prosperidad y de la fuerza militar que trajo cada nuevo año de paz á la Prusia. Con verdadero orgullo se detiene Federico en el capítulo octavo de su *Historia de la guerra de siete años* en una parte de sus tareas pacíficas que no hemos relatado todavía, á saber, su solicitud por aumentar la población, el movimiento industrial y mercantil, las defensas de las plazas fuertes y el número, instrucción y armamento de su ejército. Años antes había ya considerado el arte de hacer conquistas pacíficas en el propio país como uno de los rasgos mas admirables de su padre, y no titubeó en seguir sus huellas. Desde Kustrin hasta Svinemunde el Oder atravesaba dilatados terrenos pantanosos desde tiempo inmemorial incultos. Concibió Federico la idea de desecarlos y ganarlos para el cultivo, lo cual logró en parte con un canal abierto desde Kustrin á Wrietzeu, y pudo establecer 2,000 colonos con sus familias en los terrenos ganados. Otras 1,200 familias encontraron hogar y prosperidad en los terrenos desecados por medio de otro canal desde Schwedt hasta mas allá de Stettin. «Esta, dijo el rey, era ya una nueva, aunque pequeña provincia conquistada por la laboriosidad sobre la indolencia y pereza.» En el ducado de Magdeburgo se hacia la siega también desde tiempo inmemorial por extranjeros que acudían cada año del Voigtland (Sajonia) y regresaban hecha la recolección á su país con el fruto de su trabajo. Para evitar este perjuicio al país les ofreció el rey terreno donde establecerse y lo aceptaron muchos. Por este estilo aumentó Federico la población en los años de paz llegando á 280 el número de aldeas nuevas que en este tiempo se fundaron. Igual solicitud dispensó á las ciudades y á sus industrias. Las manufacturas de lana que empezaban á desarrollarse estaban escasas de operarios prácticos, y para vencer esta dificultad, los llevó Federico del extranjero formando con ellos varias aldeas de 200 familias cada una. En la desembocadura del río Svine fundó la plaza marítima y puerto de Svinemunde, á cuyo fin mandó ahondar el canal y dragar el puerto, con lo cual el comercio de Stettin economizó los derechos que tenían que pagar sus buques al pasar por las aguas de Wolgast. Así se aumentó considerablemente la prosperidad de aquella ciudad y en ella se establecieron extranjeros en gran número. En muchas ciudades nacieron nuevas fábricas, especialmente en Berlín, Potsdam, Brandeburgo, Francfort del Oder y Magdeburgo, y en todas las provincias se fomentó la plantación de moreras (3) para la

(3) Aun existen algunos de estos árboles en varias localidades, pero el clima frío del Norte de Alemania no les es propicio, y fuera de algunos aficionados, como maestros de escuela, etc., no se ocupa nadie ya en este ramo de producción. (N. del T.)

cria del gusano de seda. Donde abundaban los grandes bosques, y no había vías fluviales para la extracción de la madera, se establecieron grandes fundiciones y herrerías que gracias al combustible barato proveyeron en poco tiempo al ejército y las plazas fuertes de cañones, balas y bombas. Descubriéronse criaderos de sal en el principado de Minden y en el condado de Mark, que inmediatamente se pusieron en explotación, al paso que se perfeccionó la de la salina de Halle. El comercio interior fué fomentado por un lado con grandes derechos de entrada que se impusieron á los arte-

factos extranjeros, y por otro con la rebaja de los derechos de exportación en los puertos de Stettin, Königsberg y Colberg; con cuyas medidas se logró también un gran aumento en los rendimientos de las aduanas. La consecuencia general de todo esto fué el crecimiento de la población y de los ingresos del tesoro, sin aumentar los impuestos corrientes. El tesoro presentó en 1756 un aumento de 1.200,000 talers (4,500,000 pesetas), sin contar los ingresos de la Silesia y de la Frisia Oriental. El censo total de la población de toda la monarquía arrojó el número de 5,300,000



El Conde de Bruhl. Copia de un grabado en cobre hecho en 1750 por J. J. Balechon, sacado del cuadro original de Luis de Silvestre

almas; á cuyos datos añadió Federico en la citada obra, la observación siguiente: «Siendo cosa admitida que el número de almas de la población constituye la riqueza de los Estados, podía considerarse entonces el poder de la Prusia doble del que había tenido en los últimos días de Federico Guillermo, padre del rey.»

El aumento del poderío con los recursos interiores mas naturales y sólidos fué el objeto de toda esta actividad, que de ningún modo excluía, sino que muy al contrario exigía la simultánea y enérgica preparación para la guerra. Todos los años se ponía sobre las armas todo el ejército, para su instrucción y práctica continua en todo cuanto exigía el servicio de campaña hasta en los casos mas eventuales. Aumentóse la artillería con tres batallones; las obras defensivas de las plazas de Neisse, Cosel, Glatz y Glogau fueron reforzadas y trasformada la ciudad de Schweidnitz en plaza

fuerte. En los almacenes y parques militares se acumularon grandes provisiones de víveres, uniformes, armas y material de guerra de toda clase; las guarniciones de Silesia, Prusia y la Marca Electoral fueron reforzadas con 13 batallones; en fin, en el ramo militar desplegó Federico II una actividad como si cada día hubiese de sostener una nueva guerra; actividad que no era sino el cumplimiento del deber que tenía el rey de velar por la seguridad de sus dominios. «En un país pobre, dice en sus obras, no halla el soberano recursos extraordinarios en los bolsillos de sus súbditos, y su deber es atender á los gastos extraordinarios que se presentan con economías y sabiduría. Las hormigas recogen en verano lo que consumen en invierno, y el rey debe hacer en tiempo de paz los ahorros que tiene de emplear en la guerra. Este punto, por desgracia importantísimo, no se había olvidado, y así pudo atender la Prusia, á varias campañas